

de montañas que se extiende de norte á sur del continente americano y que lo divide en dos partes de anchura muy diversa. Allí aumentaron las dificultades; pero nada pudo detener á aquella atrevida gente ni impedirles que siguiesen su camino : *to go ahead*, como dicen los ingleses. Bien es verdad que cuando alcanzaron las ricas llanuras de California estaba muy disminuída la banda ; dos de los hermanos de Smith habían muerto, uno luchando con los indios y otro por efecto del cansancio, de las privaciones y miserias del viaje. También perecieron dos de los niños.

Por la misma época, más de veinte mil personas de todas clases abandonaron también el centro y el este de América para recorrer en tan difíciles condiciones las ocho ó novecientas leguas que las separaban de California é ir en busca de oro. Muchos de ellos dejaron sus huesos en el camino, sin ver tampoco los países que desde tan lejos iban á buscar.

El labrador Smith llevó consigo por lo que pudiera ocurrir parte de sus instrumentos de cultivo, y además le quedaron algunos sacos de trigo de sus provisiones de viaje. Establecióse, pues, cerca de San Francisco y se puso de nuevo á trabajar la tierra. Las que abandonó á orillas del Mississipi eran muy productivas, pero no había modo de compararlas con la fertilidad de las regiones que baña el *Sacramento*, río de California.

Su nueva propiedad le dió cien sacos de trigo por cada uno que sembró. Es más, parte del terreno le prodigó al año siguiente otra cosecha sin que fuera necesario hacer nuevas sementeras. Al mismo tiempo que cultivaba la tierra, construyó un molino, que le sirvió para hacer harina y alimentar á multitud de colonos.

El trigo no es lo único que se da bien en Califor-

nia. Lo mismo ocurre con todas las producciones. En esta región, que hace medio siglo no poseía sino animales salvajes, se multiplicaron con sorprendente rapidez los bueyes, caballos y carneros. Las vides son excelentes y producen buenos vinos; y también abundan allí las maderas de construcción.

Se comprende sin dificultad que en un país donde faltaba todo y que se poblaba rápidamente vendiera Smith sus productos á peso de oro. En efecto, el labrador hizo fortuna colosal. Por desgracia, no contento con sus riquezas, quiso especular y se arruinó aún más rápidamente de lo que se había enriquecido. Su hijo recobró lo perdido, pero cayó otra vez; luego volvió á ganar sumas inmensas y así siguió, subiendo y bajando como la ola, un día manejando millones y seis meses después viviendo de prestado.

Miguel lo conoció en uno de los momentos desgraciados : una baja en los artículos que vendía le arruinó de un golpe.

Nuestro amigo tuvo en consecuencia que buscar otra ocupación.

CXVII. — NOTICIAS DE ARGELIA.

Un mes ó dos antes de este acontecimiento recibí al fin las noticias que con tanta impaciencia esperaba.

Era una carta de la abuela de Lucía ; héla aquí :

« Querido Miguel.

» Veo que mi última carta, dirigida al Japón, no ha llegado á sus manos, como tampoco otras dos anteriores, que fueron según Vd. encargaba, á Burdeos y Bombay. Comprendo cuán inquieto debe estar sin saber de su hermanita. Empezaré por de-

cirle que tiene muy buena salud, que cada día es más bonita, que su carácter es muy amable y que promete ser inteligente. Ya empieza á leer y me encarga que diga á su hermanito adorado que ahora que sabe dónde está, aprenderá á escribir pronto, para hacer ella las cartas.

» Mi mayor deseo sería darle igualmente buenas noticias de su padre; pero hasta ahora no hemos sabido sobre su suerte nada tranquilizador. De la expedición han vuelto cuatro soldados y un sargento, que lograron escapar. Uno de ellos ha dicho que el infeliz Móser pereció en la emboscada. Mucho me temo mi pobre hijo, que V. y Lucía tengan que renunciar á la esperanza de volver á verle.

» Nosotros no hemos tenido buena suerte este año. La cigarra ha devorado toda nuestra cosecha. Mi marido ha caído enfermo de resultas del disgusto: así lleva tres meses sin que haya mejoría. Esto me tiene muy apesadumbrada.

» En cambio tenemos la alegría de saber que V. disfruta de buena salud, y no necesito decirle con qué contento recibimos la primera carta en que nos participaba cómo escapó á la terrible catástrofe del desierto. ¿Acaso no es V. el hermanito de Lucía, su único sostén y apoyo después de nosotros? Para mi marido y para mí, Vd. es también un hijo.

» Mil besos, y abrazos de Lucía, de su abuelo y míos. Escriba V. con frecuencia y crea en el afecto de su buena madre.

» JUANA BIRKEM. »

Cigarra. — Insecto de la familia de los *saltones*, que andan dando brincos. — Habitan en los prados, en las campiñas de los árboles, y devoran las hojas y tallos de las plantas. Hay países, sobre todo Egipto, Argelia y el norte entero de África, en que la cigarra causa verdaderos estragos. Se presentan en bandadas tan numerosas que forman verdaderas nubes, detrás de las cuales no se ve el sol. Cuando una de ellas cae sobre un país, la vegetación desaparece en pocas horas. Las pérdidas ocasionadas en Argelia por el terrible

insecto el año 1866 se calcularon en diez millones de pesos oro; el hambre que siguió cortó la vida á 20.000 árabes. En 1888 se ha repetido la calamidad.

Esta carta llenó á Miguel de alegría y de tristeza al mismo tiempo, lo primero al saber lo bien que estaba su hermanita, lo segundo al considerar que había perdido á su padre. No obstante los recuerdos que conservaba, siempre le había quedado la esperanza de que tal vez el sargento había podido escapar de la matanza, y que algún día volverían á verse. La carta de Argeliano le dejaba ninguna ilusión.

Además, le fué muy penoso saber el mal estado de los negocios de la familia Birkem, que no era rico. Afortunadamente podía sacarlos de apuros pues no había tocado á los cuatrocientos pesos que le entregó la Sra. de Vega. Sin perder un momento tomó una letra en el servicio internacional de correos para mandar á Argelia dicha suma, demostrando así á los abuelos de su hermana que deseaba contribuir á sostenerla.



(cigarra.)

Sin embargo, quedábale un temor, el de que los ancianos falleciesen, dejando sin apoyo á la niña: ¿qué sería de ella en tal caso? Esta idea lo atormentaba, incitándolo á volver; pero por otra parte dolíale marcharse de los Estados Unidos, donde se gana la vida mejor que en otras partes.

La solución estaba en un término medio, esto es, no en volver á Europa, sino en acercarse á ella. Para ir de San Francisco á Argelia necesitaba de quince á diez y ocho días, mientras que diez ó doce bastaban desde Nueva York. Pensó, pues, en dirigirse á este último punto; pero el viaje es caro: sólo el camino de hierro cuesta ciento ochenta pesos. ¿Cómo

pagarlos, ahora que se había privado, muy á gusto suyo, de los cuatrocientos pesos que le diera la Sra. de Vega?

Al fin descubrió, á fuerza de pensar, un medio para salir del paso.

CXVIII. — EL PROYECTO DE MIGUEL. — LOS VAGONES AMERICANOS.

Los coches de los caminos de hierro americanos no se parecen á los europeos, pues en ellos no se entra por portezuelas situadas á ambos lados del tren, sino por sus frentes. De punto á punto se deja un pasadizo, de modo que es fácil circular por la parte interior de los vagones. Además, las plataformas que hay entre cada dos coches, facilitan el paso de un vagon al siguiente en toda la extensión del tren.

Además, no hay que bajarse en las estaciones para comer. Hay un vagón que sirve de comedor y en el cual se almuerza, se come y cena á las horas de costumbre. Los norte-americanos cuidan mucho de todos estos detalles, y se comprende, la importancia que para ellos tiene esta cuestión, si se piensa en lo enorme de las distancias.

En varias excursiones que había hecho por los alrededores de San Francisco, observó Miguel en el tren un muchacho que, gracias á la disposición particular de los vagones iba y venía de un extremo á otro del tren vendiendo cigarros, periódicos, pastillas y juguetes de niños.

Este comercio parecía darle excelentes resultados. « Bien podría hacer yo lo mismo, pensó Miguel. Con la ganancia pagaría mi billete, me iría acercando á mi familia y podría visitar la América, parándome en los sitios curiosos ó interesantes. De modo que si un acontecimiento imprevisto me

llamara á Europa, no me vería expuesto á marcharme de los Estados Unidos sin conocer sus bellezas naturales, sus recursos industriales; la riqueza de su suelo y el carácter de sus habitantes, conocimientos que pueden serme muy útiles andando el tiempo. »

Como estaba sin empleo y el tiempo era á propósito, pues empezaba el verano, pudo poner en práctica su plan. Tenía guardados unos doscientos francos (cuarenta dollars), economizados sobre sus sueldos en los últimos seis meses; nada más fácil que empezar su negocio.

CXIX. — EMPRESA COMERCIAL. — EL PACÍFICO CENTRAL.

Así fué que compró libros, lápices, fotografías, cigarros, cajitas de pastillas, juguetes y otras menudencias, colocó todo en una caja, disponiendo las muestras en un cesto, para que fuera más cómodo presentarlas á los viajeros, y después se embarcó en un enorme vapor, de tres pisos y dos chimeneas, muy usados en América. De este modo atravesó la bahía de San Francisco, llegando á la estación de arranque de línea *el Pacífico Central*, uno de los cinco caminos de hierro que atraviesan de océano á océano el continente americano.

Quando llegó á este punto, tomó un billete para *Sacramento*, una de las primeras estaciones, ciudad situada á orillas del río del mismo nombre. Es la capital del *Estado de California*. Debe advertirse que en la Unión, no es siempre capital de un Estado la ciudad más rica é importante, sino la situada en su centro. Como en ella han de residir la administración, los tribunales y todos los establecimientos públicos, es necesario que sea de acceso fácil á los habitantes.

El primer día fué bastante fructuoso para Miguel. Iban en el tren muchos niños y con esto los dulces y los juguetes del joven mercader llevaron tal camino, que al fin de la jornada no le quedaban ni una almendra ni un juguete.

Al hacer su cuenta en *Sacramento* vió que le quedaban dos dollards de beneficio; tenía, pues, motivo para estar satisfecho. Por lo demás, lo que él quería no eran grandes negocios, sino únicamente llegar á Nueva York con sus ganancias.

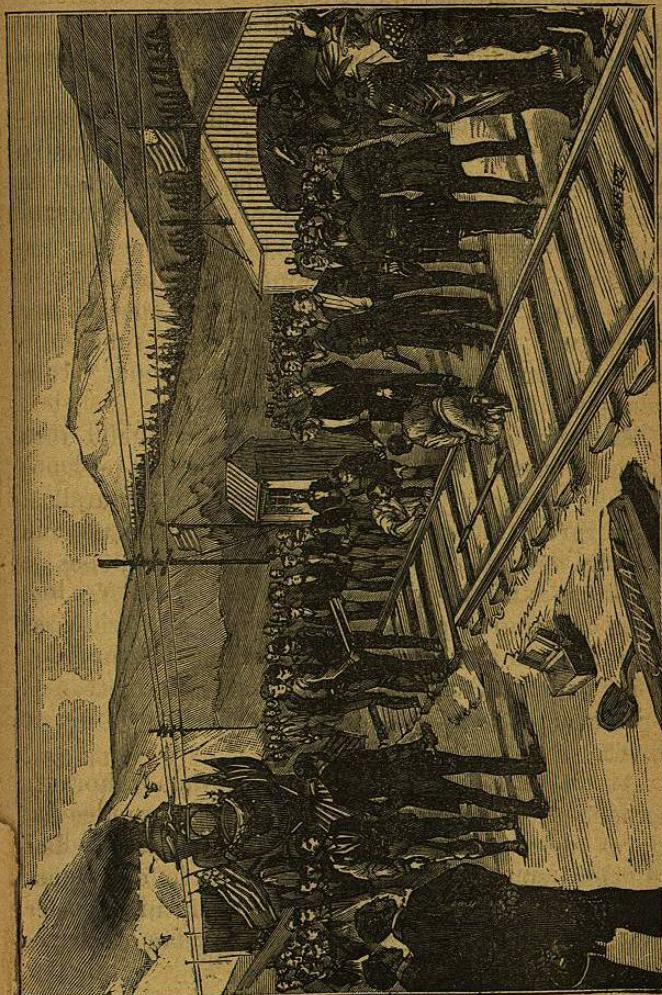
El primer día no se ocupó más que en su negocio, sin mirar siquiera el paisaje. Pero así que fué haciéndose á sus nuevas ocupaciones, miró de tiempo en tiempo la región. Después de atravesar verdes praderas, en que se distinguían granjas aisladas, imágenes de la abundancia y el bienestar, el tren penetró en la región de los bosques, en que los leñadores practican cada día nuevos boquetes.

— Tanto harán, le dijo un viajero, que algún día va este país, que tan magníficos bosques posee, á encontrarse tan pelado y calvo como si nunca hubiese habido un árbol en él.

En efecto, los americanos no economizan los tesoros que les ha prodigado la naturaleza.

CXX. — LA SIERRA NEVADA. — EL DÍA 10 DE MAYO DE 1869.

El tren subía rápidamente por la *Sierra Nevada*, la primera cordillera que atraviesa los E. Unidos. El espectáculo es grandioso: los picos alcanzan unos por encima de otros sus nevadas cimas. La máquina fatigosa resoplida como si se cansara al ascender aquellas escarpadas pendientes. Todo se vuelve allí zanjas y terraplenes, túneles, puentes y viaductos; de éstos hay algunos hechos con alambre de hierro, otros de madera y tales obras espantan



Empalme de los dos trozos del ferrocarril del Pacífico.

en ocasiones al viajero, pues no parecen, y la experiencia lo ha probado, que siempre tengan suficiente solidez. La vía describe curvas vertiginosas y pasa tan cerca de los torrentes que por momentos parece inevitable una catástrofe.

No obstante el interés que presentaba el paisaje, Miguel seguía con atención su tráfico. Los juguetes no se vendieron tan bien como la víspera, por no haber en el tren muchos niños. En cambio, los libros tuvieron mejor salida. Afortunadamente, renovó su provisión en *Reno*, donde se detuvo.

Es inútil dar cuenta detallada de las operaciones de Miguel; basta con saber que fueron suficientemente lucrativas para permitirle continuar realizando su proyecto.

Al llegar á *Reno* observó Miguel en el muelle unos prismas grises, de reflejos metálicos, apilados unos encima de otros y que formaban como dos murallas. Su sorpresa fué grande cuando le dijeron que eran *lingotes de plata*, por valor de muchos millones de dollars, extraídos de las minas de *Sierra Nevada*, que ocupan gran parte de la región. Dichas riquezas permanecían allí expuestas á todas las intemperies, como ladrillos, cantos ó cualquier otra mercancía ordinaria, esperando su transporte por el camino de hierro.

Al fin se dejó atrás la Sierra Nevada; ahora se extienden ante la vista de los viajeros grandes llanuras aborregadas, el *gran desierto americano*. Las ciudades son escasas y mucho más lo eran hace veinte años, ó mejor dicho, no había ni siquiera una, y sólo los *Pieles Rojas* recorrían esas regiones.

También pasó Miguel el *gran desierto*; el aspecto del país se hace más bello. El tren se para en una estación, donde algunos viajeros señalan á los demás

un punto en que nuestro joven no nota nada de particular.

— ¿Qué miran con tanto interés? preguntó á un viajero que lo había tratado con especial benevolencia.

— El punto en que se efectuó el año de 1869, el empalme de los dos trozos del camino de hierro del Pacífico. Esta vía fué la primera que atravesó el continente y su importancia era capital, pues hasta entonces no se podía ir de Nueva York á San Francisco sino dando la vuelta por el *istmo de Panamá*, ó bien en diligencia por aquí mismo, á costa de grandes privaciones y peligros. Todo el mundo deseaba la construcción de ese camino de hierro con la mayor impaciencia; pero la empresa era colosal, pues entre las dos ciudades mencionadas, hay más de cuatro mil quinientos kilómetros de distancia. Se empezó el trabajo por los dos extremos al mismo tiempo, y los ingenieros del *Este* y del *Oeste* rivalizaron en ardor, procurando hacer el mayor número posible de kilómetros. Los obreros empleados por la parte de San Francisco fueron en su mayoría chinos.

El día 10 de mayo de 1869 se vieron por fin frente á frente los dos ejércitos, el último riel del camino de hierro acababa de ser colocado, sobre un travesaño de laurel con aros de plata; sólo faltaba fijarlo por medio de dos tornillos fabricados expresamente con tal objeto, uno de plata, regalado por el Estado de *Nevada* y el otro de oro, plata y hierro, presente del de *Arizona*. Esta tarea incumbió á los presidentes de las dos compañías. Los martillazos que terminaban esta gigantesca obra repercutieron al mismo tiempo en todo el inmenso territorio de los Estados Unidos, pues se había establecido una comunicación entre los martillos y el telégrafo. Así

fué que en Nueva York, San Francisco, en la Nueva Orleans y en todas las ciudades y aldeas de la Unión, al norte, al sur, al este y al oeste se conoció el momento preciso en que se soldaron las dos inmensas cintas metálicas que reunían los dos océanos.

La ejecución de este ferrocarril pasó entonces con motivo por un prodigio. Pues bien, hoy existen cinco análogos, sin contar los que están en construcción.

CXXI. — LA CATÁSTROFE DE CAMINO DE HIERRO.

En los días anteriores oyó Miguel hablar varias veces de un *Parque nacional*, á donde se iba por un camino de hierro que empalmaba con el del Pacífico en la *Ciudad del Gran Lago Salado*. Algunos viajeros se proponían visitarlo.



Árboles gigantes de California.

Nuestro joven no sabía qué entender por *Parque nacional*; hasta que al fin le dijeron que era un sitio donde había grandes bellezas naturales, y que el gobierno de los Estados Unidos había declarado propiedad pública aquellos sitios para preservarlos de segura destrucción.

En América existen varios *parques nacionales*; entre otros, uno situado á no mucha distancia de San Francisco; se le llama *Yosemite Valley* y allí es donde se encuentran los *árboles colosales de California*, los *Wellingtonia gigante*, rivales de los eucaliptos australianos. El gobierno los ha declarado *propiedad nacional* para preservarlos de la destrucción. De no haberlo hecho así, esos árboles extraordinarios habrían sido derribados por gentes que sólo buscan el negocio.

El sitio de que habían hablado á Miguel se llama



Catástrofe de camino de hierro.

Yellowstone Park, por el nombre de un río *Yellowstone* (*pedra amarilla*) que lo atraviesa. Está situado en las *Montañas Roqueñas*, la segunda cordillera que se encuentra en el camino de San Francisco á Nueva York. Miguel se informó de la manera de ir y vió que podía hacerlo sin perjuicio de su pequeño negocio.

Así fué que en vez de seguir hacia el este, torció en dirección del norte; átravesando regiones quebradísimas y pintorescas.

Un día que según su costumbre recorría los coches presentando sus mercancías á los viajeros, se detuvo para que una niña eligiera entre dos muñecas, una vestida de azul y otra de rosado, que parecían gustarle igualmente, cuando se produjo de pronto un choque formidable, que dió en tierra con nuestro mercader.

Así que volvió del aturdimiento que le causara tan violenta sacudida, miró con inquietud á su alrededor.

Los viajeros estaban revueltos unos con otros y se levantaban gritando, lanzando maldiciones y juramentos y cojeando. Acababa de producirse una catástrofe; parte del terraplén por donde pasaba la vía se hundió y el tren cayó talud abajo, desde una altura de cuatro ó cinco metros.

Miguel se tocó el cuerpo y efectuó algunos movimientos, viendo que no tenía nada. Entonces buscó con la mirada á la niña de la muñeca, no tardando en descubrirla debajo de un montón de cojines, lanzando espantosos gritos. Apresuróse á sacarla de allí, la tomó en su chaquetón y logró salir con ella del coche.

Esto le costó multitud de rasguños en las manos, los brazos, las piernas y la cara; pero gracias á las precauciones que tomó, la niña no tenía nada.

El padre y la madre corrían de un lado para otro llamándola: « ¡Jorgina, Jorgina! »

Se comprende su alegría al verla sana y salva, y la efusión con que dieron gracias á Miguel.

La niña no tenía heridas ni contusiones; pero la sangre corría de las manos y las mejillas de Miguel á la vez que se llenaba de manchas rojizas su camisa.

— No es nada, dijo el joven. Unos rasguños.

— Sin embargo, hay que curarlos en seguida, contestó el Sr. Beauchamps, padre de la niña.

Y no obstante la resistencia de Miguel, lo llevó á un tinglado que acababan de preparar para las víctimas de la catástrofe.

Como el camino de hierro en cuestión llevaba á una estación balnearia muy concurrida, no faltaban médicos en el tren.

Miguel fué curado en un momento, pudiendo ponerse de nuevo su chaqueta.

— ¿Adónde va V. ahora? preguntó el Sr. Beauchamps.

— No lo sé aún, contestó el joven.

— ¿No iba V. al parque de Yellowstone?

— Sí señor.

— Pues iremos juntos.

— Pero si...

— No hay pero que valga, replicó el Sr. Beauchamps, comprendiendo que Miguel rehusaba por discreción. Además, somos compatriotas hasta cierto punto.

— ¿Compatriotas?

— Medio, medio, pues V. es francés y yo *canadiense*, súbdito inglés por consiguiente; pero mis antepasados eran de su país; mi nombre, Beauchamps, indica su origen, y he conservado hacia los compatriotas de mis abuelos vivas simpatías. De

modo que ya lo sabe V. : vendrá con nosotros.

Jorgina batió palmas al oír esto, pues había tomado en pocos minutos vivo afecto á Miguel.

Así fué como aquella misma tarde, nuestro joven reunió los objetos de su pacotilla que pudo salvar de la catástrofe y marchó á Yellowstone en compañía de la familia canadiense.

CXXII. — EL PARQUE DE YELLOWSTONE.

La expresión *Parque nacional* no se aplica, según podría creerse, á un grande, é inmenso jardín, análogo á los de las grandes quintas y que pueden recorrerse en una tarde. Es, por el contrario, un territorio tan extenso como una provincia europea; en visitarlo se tarda algunos días. Miguel hubiese tenido por consiguiente que renunciar á ello, de no haberle favorecido las circunstancias, pues en América esas cosas cuestan mucho dinero, y ya sabemos que nuestro amigo no era rico.

Al día siguiente tomó el Sr. Beauchamps un coche para recorrer el país, y las excusas á que recurrió Miguel para no molestar á sus nuevos conocidos no le sirvieron de nada; quiso que no quiso, tuvo que acompañarlos.

Lo cierto es que en el fondo de su alma no sentía la ocasión que se le presentaba de visitar tan curioso país.

El sitio era magnífico; por todas partes alzaban sus cimas altas montañas, muchas de ellas cubiertas de nieve, mientras el Yellowstone corría entre dos orillas de *basalto*, de trescientos á cuatrocientos metros de altura, que formaban estrechos desfiladeros llamados *cañones*.

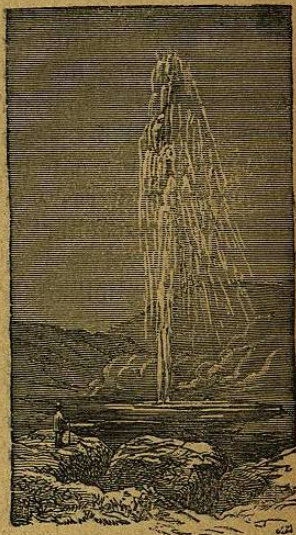
Basalto. — Roca negra, extremadamente dura, procedente de erupciones volcánicas y que presenta en ocasiones el aspecto de

columnas prismáticas, esto es, de caras regulares, y que parecen hechas á mano.

Estos *cañones* abundan en algunas partes de América del Norte; los más famosos son los que recorren el *Arkansas*, el *Yellowstone* y el *Colorado*. Estos ríos pasan en ciertos puntos por hendeduras profundas de cinco á seiscientos metros, formadas por murallas verticales, tan rectas como si se hubiese recurrido á la plomada para hacerlas. En esas cañadas no ha penetrado nunca un rayo de sol, y el viento que circula por ellas produce allí el efecto de una inmensa orquesta.

Nuestros viajeros recorrieron la región durante cuatro ó cinco días, viendo

que es sumamente volcánica. Por todas partes surgen aguas calientes, cargadas de *azufre* ó de *alumbre*, sal blanca de sabor acre que se encuentra en ciertas aguas minerales, así como en la proximidad de los volcanes y que se emplea en la medicina y la industria. Las emanaciones que le sofocaban recordaron á Miguel las del volcán Tankubraprahán. Acá y acullá se veían depósitos blanquecinos. Los viajeros no se cansaban de admirar la abundancia de las



Geiser.

aguas que caían en saltadoras cascadas, las formas singulares de las rocas, los subidos tonos con que la naturaleza las había coloreado, la belleza de los árboles que en algunos puntos colgaban sobre los abismos; el color azulado del lago que formaba el río, y la frescura de las verdes islas de que está sembrado; pero nada les asombró tanto como el espectáculo que un día contemplaron sus ojos.

Habían llegado á un espacio bastante grande, donde había algunos grupos de árboles. En torno se divisaban unos montones de distintas alturas, que parecían hechos con piedra y tierra amasada.

— Aquí es, dijo un hombre que les servía de guía.

Miguel miró, no viendo nada de particular. Sin embargo, se oía un ruido subterráneo análogo al que produce una caldera en ebullición y que crecía por momentos. Este rumor le causaba espanto, por pensar si sería un terremoto, cuando de pronto salió de uno de los montículos que antes llamaran su atención un chorro de vapor de cinco á seis metros de ancho; detrás apareció una columna de agua que subió sesenta ó sesenta y cinco metros (tanto como la torre de una catedral) ostentando un penacho de vapores dos ó tres veces más alto aún. El líquido después de ascender como impulsado por una fuerza irresistible, volvía á caer en gotecillas diamantinas que los rayos del sol teñían con los colores del arco iris. Los demás montículos lanzaron también sus chorros de vapor y agua, algunos tan magníficos como el primero, otros algo más pequeños. Miguel no podía apartar la vista de tan maravilloso espectáculo; nunca había visto á su parecer nada tan hermoso, y la verdad es que son pocos los fenómenos que igualan á éste en magnificencia.

El *geiser*, que así se llaman estos saltos de agua naturales, continuó por espacio de quince á veinte minutos enviando hacia el cielo sus chorros de agua hirviendo; después fué disminuyendo poco á poco la columna, hasta desaparecer enteramente. La representación estaba terminada por aquel día; pero Miguel no podía volver de su asombro y de su admiración.

Geisers. — Fuentes termales (calientes) en forma de saltos *intermitentes*, es decir, que sólo corren á intervalos. Salen del suelo, ya

en épocas fijas, ya en momentos indeterminados. Durante mucho tiempo no se conocieron más que los *geisers de la Islandia*; después se descubrieron los de las *Montañas Rociueñas*. También los hay cerca de *San Francisco* y en la *Nueva Zelanda*.

CXXIII. — Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AMERICANO.

Miguel no quería detenerse más en Yellowstone, á pesar de tantas bellezas.

— ¿Adónde va V.? le preguntó el Sr. Beauchamps cuando nuestro joven le manifestó el intento de seguir su camino.

— Pienso, ir á Chicago por San Pablo, contestó.

— Pues bien, amigo mío, hágame V. el gusto de aceptar esto.

Y le entregó un papel doblado.

— ¡Caballero! exclamó Miguel retrocediendo un paso y poniéndose muy encendido, pues se figuró que le daban un billete de banco.

— No crea V. que me atrevo á ofrecerle dinero, dijo el canadiense; este papel no es más que un pase que le permitirá viajar sin pagar nada. Tengo grandes intereses en el camino de hierro *Norte-Pacífico*, el mismo que se propone V. tomar y dispongo de varios pases gratuitos. Ya ve V. que puede aceptar éste sin escrúpulo.

— Lo hago así con vivo agradecimiento, contestó Miguel, medio avergonzado de su demasiado pronta susceptibilidad.

Momentos después, salía en dirección del este.

La vía sigue durante algún tiempo por el valle del Yellowstone, que va á desembocar en el Misurí un poco más abajo; de tiempo en tiempo se divisa una granja, una sierra mecánica y hasta un *wigwam* ó choza de indios.

Á pesar de que la generosidad del Sr. Beauchamps